

**José Ignacio Lacasta-Zabalza**

## **Bicentenario de la batalla de Boyacá: panorámica intelectual, estratégica y constitucional de Simón Bolívar**

2019.

### **Resumen**

El artículo se escribe a propósito del Bicentenario de la batalla de Boyacá el 7 de agosto de 1819. En él se rememora la fuerte formación cultural de Simón Bolívar, lo que se intenta desde la exégesis de los libros de su biblioteca hallada en Guayaquil. Se destaca en particular su proximidad y estudio de los textos constitucionales de Benjamin Constant. El balance final de Bolívar es contradictorio. Aparece como un gran estratega de su era en el campo de batalla, una de cuyas muestras es el combate de Boyacá (pero no solo). Y, al mismo tiempo, sus modelos constitucionales son insuficientes e inadecuados, en particular la Constitución de Bolivia de 1826, por su excesivo presidencialismo, centralización de los poderes y desmesuradas competencias excepcionales. Lo cual mereció la crítica de todo un Benjamin Constant.

**Palabras clave:** biblioteca, estrategia militar, geografía, Napoleón Bonaparte, tercera Francia, Benjamin Constant, Boyacá, Constitución de Bolivia.

### **Metodología**

La reconstrucción del ideario de Bolívar se ha pretendido desde el análisis de sus fuentes directas de manera preferente. A través del estudio de sus *Obras completas* en cinco tomos, según la edición de Vicente Lecuna. En cuanto al refuerzo historiográfico actual, se ha buscado el apoyo de los textos de Tulio Halperin Donghi en el plano histórico, de Rafael Pardo en el plano militar y de Eduardo Rozo y Roberto Gargarella en lo tocante a la historia constitucional.

### **Análisis de su biblioteca y tendencias culturales de Simón Bolívar**

Desde Bogotá, un 15 de febrero de 1828, Simón Bolívar escribe a quien fuera su edecán y coronel del ejército libertador, Tomás Cipriano de Mosquera, el cual llegaría a ser con posterioridad Presidente de la República de Colombia (Bolívar, 1979, tomo III, pp. 592-594). Uno de los motivos de la epístola es la aparición en Guayaquil de los libros y su sable de la campaña del sur o del Perú, que el Libertador regala a Tomás Cipriano de Mosquera. Pero estos libros, conducidos por el capitán Emigdio Briceño, están pormenorizados, inventariados, en una lista completa que permite una razonable exégesis de las lecturas concretas de Simón Bolívar. Lo que aquí se va a intentar mediante la agrupación y descripción sistemática de estos volúmenes.

Bien entendido que por aquel entonces, y durante mucho tiempo en todo el siglo XIX, no se acostumbraba a citar como hoy se hace. Es muy raro que se señalen con precisión las fuentes bibliográficas, el autor, editor o editorial, el año de su publicación y ni siquiera el lugar en el que vio la luz el ejemplar en cuestión. Por eso aparecen aquí sólo los títulos en cursiva de esas publicaciones, que sí están recogidas en el tomo III de las *Obras completas* del Libertador.

Se ve que Bolívar tiene unos asentados criterios *universalistas* e internacionales, pues no son las ediciones en castellano las dominantes en ese listado. Las ediciones francesas son mayoritarias, pero también las hay inglesas e italianas y portuguesas. Por eso no es de extrañar el rótulo de una *Gramática italiana*, al lado de un *New Dictionary Spanish and English*, pero también hay un *Diccionario de la Academia* en español y hasta un ejemplar de *Os Lusíadas* en portugués.

Otro rasgo, que desvela a su vez el núcleo fuerte del pensamiento de Bolívar, es su *clasicismo*. Su uso frecuente de paradigmas históricos de Grecia y Roma, pone de relieve no sólo un conocimiento de aquel pasado sino una reflexión creadora de pretexto mitológico grecorromano. Así sucedió con el Congreso Anfictiónico de Estados americanos, que tuvo lugar en Panamá en 1826, y que el Derecho internacional ha reconocido como precursor de la línea de arbitraje pacífico para resolver las contradicciones entre los Estados americanos (Rozo, 1988, pp. 167-184). Y el anficionismo de Bolívar, una posible confederación de Estados americanos, tomó su nombre de Anfición, personaje mitológico hijo de Deaulión y Pirra, quien impulsó una asamblea religiosa de todas las ciudades griegas, en lo que se denominó la anficionía (Grimal, 1991, p. 28).

Por eso no es de extrañar que entre las lecturas de Bolívar figuren *La Eneida* de Virgilio, las obras de Plutarco (que Bolívar conoce desde su juventud), *Fêtes et courtisanes de la Grèce* en francés, *Life of Scipio* en inglés, *La Iliada* de Homero, la *Historia de Polibio* o el *Viaje de Anacarsis*. En cuanto a los *Comentarios* de Julio César y la *Expedición* de Alejandro Magno, seguro que anidaban al mismo tiempo en la mente del general caraqueño sus habituales inquietudes por las experiencias militares de esos dos genios del arte de la guerra.

Entonces, se puede deducir que la dimensión internacional de su bibliografía, soporte básico de su universalismo, acompaña al mismo tiempo al rasgo clasicista, muy acusado, del ideario de Simón Bolívar. La preocupación por la *Geografía* es otro de los denominadores comunes de la biblioteca y el pensamiento del Libertador. Téngase presente que el intelecto europeo, salvo excepciones, desconocía bastante la realidad geográfica y social sudamericana. Francisco José de Caldas fue uno de los primeros intelectuales que se alzó contra los estereotipos y prejuicios, derivados de ese sustrato ignorante, que se habían instalado entre los ilustrados y liberales europeos contra la realidad natural y social sudamericana. Hasta la expedición botánica española de José Celestino Mutis, de la que Caldas formó parte, y la más conocida de Alexander von Humboldt, no se empezó a saber que ese mundo ignoto tenía unas tremendas dimensiones, unas particularidades y unas dificultades de comunicación que escapaban a la comprensión del intelecto europeo. Por ejemplo, los análisis de Karl Marx sobre las campañas de Bolívar, ayunos en su totalidad del conocimiento de esas condiciones geográficas y sus escollos, tienen ese defecto estructural que vicia todo su escrito acerca de la evolución militar del Libertador y sus tropas republicanas (Lacasta-Zabalza, 2018, pp. 21-23) (Marx, 2001).

Bolívar, además de haber nacido en la costa de Venezuela y conocerla en detalle, así como la cuenca –y sus poblaciones– del río Magdalena de la actual Colombia, donde desplegó los primeros pasos de sus campañas de guerra, es un estudioso de muy diversos *Atlas* que figuran en su biblioteca. Desde luego, hay en el depósito un *Atlas de América*, otro de la *Nueva España*, un *Viaje al Nuevo Continente*, junto al *Viaje de Humboldt* y la

*Astronomía* de este mismo autor, sin que falte un *Diccionario Geográfico* en francés ni, en la misma lengua, una *Medida del Meridiano*, un ejemplar titulado *Viaje a la América Meridional*, así como, en inglés, un *Voyage to the South Atlantic*. Y se puede hallar, en lengua gala, hasta una *Description générale de la Chine*. En la selección de estos temas geográficos se percibe una fuerte curiosidad por aprender la realidad del mundo conocido y, muy en particular, la estructura de los marcos naturales y la orografía de lo que fueron los escenarios sudamericanos de sus campañas militares. Es decir, que la perspectiva guerrera, militar, alienta no poco el estudio desmenuzado y geográfico del territorio.

Por supuesto, y como ya lo han anunciado no pocos de sus biógrafos, los autores clásicos de la filosofía práctica, filosofía jurídica y política, atestiguan su presencia en los anaqueles del almacén inventariado del Libertador. Las *Obras de Hobbes* en francés, las *Oeuvres de Voltaire*, el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, que Bolívar tanto ha estudiado por su obsesión acerca del problema de adecuar las leyes a las diversas realidades sociales y naturales, geográficas en sentido amplio. Hugo Grocio, los ejemplares de *Grotius* según el inventario que remite Mosquera, *The Federalist* del constitucionalismo norteamericano, la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, surten su información acerca de la cultura europea y occidental, junto a muchas, variadas biografías, de personajes ilustres como George Washington.

Mención aparte merece su nutrido repertorio de estudios de estrategia militar, que incluye aspectos de teoría general, como los *Principios de Estrategia*, *Principios de Fortificación* y *Reflexiones Militares*, al lado del análisis de confrontaciones concretas como la europea *Campaña de 1814* y su correspondiente *Atlas*. Con todo, son las perspectivas napoleónicas, cosa lógica pues Bolívar vive en el mismo tiempo que Bonaparte, las que dominan el panorama de las lecturas militares del Libertador. Por otro lado, la acción del general corso ha transformado al completo el arte militar en toda la sociedad de su tiempo. Su conjunción de política y guerra, la unidad de ambos aspectos y la subordinación de lo militar a los objetivos políticos, ha condicionado el accionar de todos los Estados que pretendían estar actualizados en estos aspectos. Por eso, figura un *Cours politique et diplomatique de Bonaparte* entre las dedicatorias bibliográficas de Simón Bolívar. Y también están allí las *Obras*, las *Memorias* y la *Historia de Napoleón*.

Si bien la biblioteca bolivariana incluye así mismo glosadores y críticos de la figura y obra del general de los generales franceses. Hay un prometedor *Juicio imparcial de Napoleón*, unas *Memorias* comentadas por Montholon y, sobre todo, escritos políticos y constitucionales de la oposición francesa más inteligente contra la que chocó el emperador. Que Bolívar accediera –y así figura en este inventario- a las *Obras de Madame de Staël* en francés, no se ha de separar de la presencia, entre las obras comentadas, de las de Benjamin Constant *Les cent jours* y el célebre *Curso de Política* en castellano. Se ha de tener en cuenta que, según el historiador y especialista Joaquín Varela Suances-Carpegna, Benjamin Constant era el más importante teórico constitucional de aquella época; estudiado en España, debido a su estilo ecléctico, por moderados y progresistas, en realidad por todos los sectores, y en 1820 Marcial Antonio López dio a conocer en castellano su *Curso de Política Constitucional*. Además, las *Lecciones* de Ramón de Salas expandieron entre los juristas y universitarios el conocimiento en español del ideario y método de Benjamin Constant (Varela, 2007, pp. 72-73).

En cuanto a Mme. de Staël y Benjamin Constant, a los que se puede ensamblar el nombre de su admirado general Lafayette, encarnaban una posición política y constitucional que bien puede denominarse *tercera Francia*, ni alineada con los excesos revolucionarios de Robespierre (a quien Staël critica con frecuencia) ni con la monarquía absoluta y su proyecto de vivificar los derechos feudales y aristocráticos. Constant, preceptor de las hijas de Mme. de Staël, acompañó en el exilio a esta brillante mujer con la que estaba muy unido. Y el edificio diseñado por Constant albergaba un modelo de monarquía constitucional. En palabras de Staël, que quieren sintetizar muy bien esta tendencia histórica (Staël, 1946, p. 26):

“Es preciso que los franceses y con ellos el mundo, vuelva al orden y a la virtud; pero, para alcanzarlos, debe pensarse que estos bienes están unidos a la verdadera libertad; hay que marchar con el siglo, y no agotarse en una lucha retrógrada contra el irresistible progreso de las luces y de la razón.”

La presencia de los libros de Constant y Staël en el depósito de Bolívar, bien puede significar que éste no era del todo ajeno a ese ideario político de la tercera Francia. Hippolyte Taine en su enciclopédico *Les origines de la France contemporaine*, indica cuatro grandes faros, talentos que no duda en llamar “superiores”, los cuales iluminan y condicionan a todos los demás autores franceses y al intelecto universal; estos son Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Diderot (Taine, 1986, p. 194). Pues bien, Montesquieu y Voltaire son autores de libros e ideas ya constatadas en este escrito como partes componentes de la biblioteca de Simón Bolívar. En lo tocante a Rousseau, del que Mme. de Staël es toda una especialista, desde su juventud acompañó las reflexiones y estudio del Libertador.

Por tanto no es descabellado situar a Bolívar entre las huestes “de las luces y la razón”, aunque el idioma de los derechos de la ciudadanía le parecía demasiado abstracto e incluso algo inconveniente para Iberoamérica. Cosa que ya había objetado desde su *Manifiesto de Cartagena* de 15 de diciembre de 1812, cuando todavía era coronel, al achacar el fracaso de la República de Venezuela al federalismo y al exceso de las disputas sobre derechos, así como a la desmesura de la “tolerancia” (Bolívar, 2007, pp. 51-63). Pero sí se le ha de ubicar entre quienes pretendían cambiar el mundo sin alterar el equilibrio entre la libertad y la propiedad, tal y como aparecen estos conceptos en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano de 1789. Cuya redacción y ponderación tanto tuvo que ver en directo con el mismo general Lafayette. Militar y aristócrata, hasta que se discutió la Declaración permaneció en segundo plano de la Revolución francesa, recuerda Alexis de Tocqueville, por acatar el mandato imperativo de los nobles en contra del voto en común con el Tercer Estado (aunque con derecho a opinar). Hasta que presenta a la Asamblea su “proyecto de declaración de los derechos del hombre”, lo que le da un gran protagonismo, le hace partícipe de varias importantes comisiones y lo impulsa incluso para ser elegido como soldado que era en tanto que “coronel general de las milicias” (Tocqueville, 1982, vol. 2, pp. 82-83). Su papel fue el de moderar con el derecho de propiedad, contrapesar, los posibles radicalismos sobre la igualdad y la libertad que bullían en el alma de los nacientes jacobinos junto a no pocos sectores populares; todo lo cual no fue óbice para que, en esa misma Declaración de 1789, fueran abolidos de un plumazo el régimen feudal y los privilegios nobiliarios que le acompañaban. Con la participación en esa cirugía ética y jurídica del vizconde de Noailles, cuñado de Lafayette y combatiente

también en la guerra de liberación e independencia de los futuros Estados Unidos americanos (Rodríguez Paniagua, 1992, vol. 1, pp. 303-308).

Es sabida así mismo por no pocos historiadores la simpatía mutua establecida entre Lafayette y el Libertador. A propósito de este afecto, Bolívar le dirige al general francés, desde Lima, dos epístolas fechadas el 20 de marzo de 1826. El motivo es norteamericano, un reconocimiento y regalo a Bolívar de parte de la familia de George Washington. Bolívar ve en Lafayette, y así se lo transmite, un “atleta de la libertad que, con una mano, sirvió a la América, y con la otra al antiguo continente” (Bolívar, 1979, tomo III, pp. 150-151). Y al tratar de Washington, Bolívar evoca la figura mitológica de Néstor, quien en la *Iliada* y la *Odisea* aparece como un hombre valiente en el campo de batalla pero, más que nada, por ser un símbolo de la prudencia y famoso por sus sabios consejos (Grimal, 1991, p. 378).

Una vez más está ahí el clasicismo de Bolívar, que tanta relación tiene con las obras de su biblioteca. Que aquí no puede ser completa, sino de ocasión, de guerra, pues el coronel Mosquera la rescata en Guayaquil, donde fue a parar el Libertador durante la triunfante y definitiva campaña del sur. Pero tiene los volúmenes suficientes para deducir que detrás de ella hay denominadores comunes y un proceso de selección de un elevado nivel intelectual; pues comprende la estrategia militar europea, las circunstancias geográficas sudamericanas, el pensamiento político más clásico de la modernidad y hasta la teoría constitucional más elaborada de su tiempo encarnada por Benjamin Constant.

Por eso resultan incomprensibles las tergiversaciones del proceder de Bolívar, tal y como figuran en las memorias del general Henri Louis Ducoudray-Holstein y el coronel inglés Hippisley citado por el anterior. Ducoudray se atreve inclusive a sostener sobre Bolívar que (Ducoudray-Holstein, 2014, p. 438):

“Su lectura, la cual es muy escasa, consiste de historia simple y algunos cuentos. No tiene una biblioteca o colección de libros que sea apropiada para su rango y lugar que ha ocupado por los últimos quince años”.

Una falsedad, acompañada de otras falsedades, como que no podía trabajar más de dos o tres horas, pues prefería bailar o tumbarse en la hamaca a ejercer sus responsabilidades, que sólo leía literatura frívola o que (p. 438): “El general Bolívar ocupa muy poco tiempo estudiando las artes militares. El no entiende la teoría y muy rara vez hace una pregunta o mantiene una conversación relacionada con esto.”

El libro de Ducoudray se editó en 1828. Ya ha acontecido para entonces el triunfo de Boyacá en 1819 y hace muchos años que se constituyó el Estado Mayor General desde donde, bajo la dirección del Libertador y la consulta con sus mejores oficiales, se planificó en esas fechas la toma por el ejército patriota de Santa Fe de Bogotá, después de la travesía de los Andes. Todo eso es un rotundo mentís, por la vía de los hechos sucedidos en la práctica, a las tesis de Ducoudray. Lo que ocurre es que éste no se sintió nunca reconocido por Bolívar y pidió la baja en el ejército. Que Bolívar concedió aunque le confesó a Luis Perú de Lacroix, su ayudante, que nunca tuvo fe en Ducoudray y no quiso nombrarlo edecán, cargo de gran confianza dado a muy selectos oficiales como Mosquera o el propio de Lacroix (edecán, palabra que proviene del francés arcaico *aide de camp*, ayuda de campo) (Perú de Lacroix, 2012, p. 70).

En cuanto a Marx, todavía resulta más incomprensible que se tome en serio los testimonios de Ducoudray, que llega a citar de modo extenso y manera literal con su

colección de premeditadas –y falsas- descalificaciones del Libertador. Es más, las de Ducoudray son las fuentes preeminentes utilizadas con deliberación por Marx en su visión final de Bolívar (Marx, 2001, pp. 73-74). Por no hablar de los estereotipos y prejuicios raciales de Marx, pues “eurocéntricos” resulta algo demasiado suave, para subvalorar a las personas hijas de la América del Sur y a sus soldados patriotas.

**Boyacá, 1819: el punto culminante de una certera estrategia. Reflexiones constitucionales**

El artículo de Marx es de 1858, publicado en la *The New American Cyclopaedia*, y Simón Bolívar falleció en 1830. Para entonces, 1858, ya se sabía de sobras el triunfo militar de las huestes de Bolívar, cuyo momento crucial fue la batalla de Boyacá en 1819; también se conocía, a manos de Antonio José de Sucre elevado a la categoría de Mariscal por Bolívar, el final derrotado del ejército español tras la batalla de Ayacucho. Como Marx no quiere reconocer ningún mérito militar a Bolívar, atribuye el logro de sus objetivos estratégicos, desde la contraofensiva iniciada en Angostura que tiene como fin primero la conquista de Bogotá y Nueva Granada, a ¡la fortuna! (“En ese momento extremadamente crítico, una conjunción de sucesos afortunados modificó nuevamente el curso de las cosas”, escribe, de modo bastante inexacto y arbitrario, Karl Marx) (Marx, 2001, p. 59).

Menos mal que el propio Marx reconoce que por fin llegaron las armas al ejército de Bolívar, a través de Inglaterra. Lo cual nada tiene que ver con la fortuna, sino con el abandono inglés de su alianza con España por la confrontación napoleónica, ya terminada esta, y su apoyo a las causas independentistas de Sudamérica en la búsqueda de sus nuevos mercados. Se constituye un nuevo ejército de liberación nacional, como lo anuncia Bolívar un 15 de febrero de 1819 al poder legislativo de la República de Colombia, en Angostura, pues sus tropas “pueden medirse con las más selectas de Europa” al poseer los mismos medios destructores; hay Justicia en los Soldados Defensores de la Independencia (así les llama el Libertador), pero también hay fuerza y una soberana organización (Bolívar, 2007, pp. 63-99). Para eso, Simón Bolívar ya había firmado en Angostura el Decreto de creación del Estado Mayor General, un 2 de septiembre de 1817; cuyo Jefe es Carlos Soublette, un venezolano de familia canaria, originaria de Tenerife, y su subjefe Francisco de Paula Santander. Bolívar ya había decidido un cambio de orientación estratégico de la contienda independentista y así se lo comunicó, sigiloso y en secreto en la aldea Setenta del Apure, a sus oficiales más destacados un 23 de mayo de 1818 (Lacasta-Zabalza, 2018, pp. 19 y 32).

Detrás de la nueva estrategia hay un análisis cribado de la correlación de fuerzas establecida entre el ejército realista español y la organización militar patriótica. Así lo realiza Simón Bolívar un 15 de mayo de 1818 en una epístola confidencial al Almirante de la República Luis Brión (Bolívar, 1979, tomo I, pp. 281-282). Los bolivarianos han recibido notorios reveses en la costa de Venezuela y la toma de Caracas, principal objetivo hasta la fecha, se ha hecho pero que muy difícil. Por su entorno montañoso, pero también debido a los españoles allí enclavados con una “excelentísima” infantería, dice Bolívar, quien, entre sus posibles defectos estratégicos, no se encuentra desde luego el de subestimar al contrario. En cambio, los realistas no pueden entrar en los Llanos donde han salido escarmentados tres veces y con bajas abundantes. Tienen la caballería muy disminuida y su fuerza la extraen de sus buenas posiciones del territorio montañoso de la zona de Caracas y de su muy profesional infantería con sus competentes mandos, tal y como los ve el Libertador. Por todo eso se hace necesario el vuelco de la orientación estratégica. Ahora el

objetivo central es la toma de Santa Fe de Bogotá, para lo cual las tropas de apoyo parten de las zonas liberadas de Angostura, la Guayana y los Llanos. Santander surge desde Casanare, en los Llanos, y dirige la División de Vanguardia, que se ha de encontrar con las tropas de Bolívar de la División de Occidente y, bajo la comandancia de éste, se proponen atravesar los Andes por el páramo de Pisba, situado a tres mil novecientos metros de altitud. Pero también hay razones de intendencia, pues Venezuela está arruinada por las guerras y terremotos. Sin embargo, Cundinamarca ofrece una floreciente perspectiva de recursos humanos y materiales; allí, en la actual Colombia, estaba garantizado además el apoyo de una parte de la población que se había organizado en *guerrillas* partidarias de la independencia (en Tunja, Boyacá y Santander).

La ambiciosa operación estratégica de la toma de Nueva Granada y su capital Santa Fe de Bogotá se puso en marcha. Su desenvolvimiento, muchas veces épico y trágico, mediante la travesía de ríos y pantanos o el ascenso de los Andes con la muerte por frío de no pocos llaneros, ha sido relatado por los historiadores y biógrafos de Bolívar (Pardo, 2004, pp. 130-131, 138-145, 183 y 206). Las secuencias de ese camino nos hablan de la batalla del Pantano de Vargas, con dura resistencia del coronel español Barreiro y dudoso resultado, la toma veloz de Tunja y al fin, la batalla de Boyacá. Verdadero nudo de comunicaciones que garantizaba el paso decisivo ya a la cercana (unos ciento y pico kilómetros) Bogotá. Un 7 de agosto del año 2019, a las cuatro horas de la tarde, el ejército patriota derrotó a las tropas españolas y tomó con celeridad el poder en Bogotá. De la trascendencia de esa victoria se hizo eco el comandante en jefe de las huestes realistas españolas, general Pablo Morillo, en su informe al Secretario de Guerra de Fernando VII (Pardo, 2004, p. 166):

“En la desgraciada acción del 7 de agosto último fue completamente derrotada la tercera División del ejército a mi mando...El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital Santa Fe...Bolívar en un solo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates.”

Entonces, si eso pensaba el principal adversario militar del Libertador sobre su logro estratégico en Boyacá, y si la Independencia se alcanzó tras el éxito republicano en Ayacucho, no es superfluo preguntarse; ¿en qué pudo tener razón Marx a lo largo y ancho de toda su crítica a Bolívar? Pues en nada tocante a un estratega excepcional y una estrategia que ha triunfado en la consecución de sus principales objetivos militares. Ahora bien, el argentino Roberto Gargarella, en su magnífico libro comparatista *La sala de máquinas de la Constitución. Dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*, apunta una serie de críticas al proyecto constitucional de Simón Bolívar sobre las que es preciso detenerse (Gargarella, 2014). Gargarella cree que le asiste la razón a Marx por su oposición “al bonapartismo en general y a Bolívar en particular” (p. 242). Lo del bonapartismo hay que matizarlo muy mucho, pues los dos Napoleones que surten esta polémica, el primero y el tercero, los dos restablecieron la esclavitud durante sus mandatos; y Bolívar, en cambio, dedicó toda su vida política al proyecto democrático de la abolición de la misma y al combate del tráfico de negros. La filosofía moral no es la misma y se ha de destacar el mérito de Bolívar por estas reivindicaciones contra el racismo, muchos años antes que Abraham Lincoln. Lo cual puede verificarse, porque tiene que ver de largo con toda esta historia, en el discurso de Bolívar al poder legislativo de Bolivia con motivo de su Constitución de 1826 (Bolívar, 2007, pp. 131-156).

Con Bolívar muy al fondo, Gargarella critica a la actual izquierda latinoamericana partidaria del presidencialismo y sus modos plebiscitarios, porque la concentración de poderes no es el medio más adecuado “para la promoción del cambio social”. Y, en efecto, la democratización del poder nada tiene que ver con el atajo de la concentración del poder. El Presidente de un sistema así es lo contrario del poder *no personal* que ha de caracterizar a una República, donde ese cargo lo elige y, si procede, revoca, el Parlamento. Un poder personal libre, cuyo método mayoritario de elección se parece demasiado a un cargo plebiscitado, ajeno a toda filosofía de la representación proporcional de todas las opciones políticas en liza y su reparto de funciones según los votos obtenidos, con capacidad para disolver el Parlamento y convocar referéndums y plebiscitos, tiene mucho de las tradiciones bonapartistas y orleanistas, al fin y al cabo más monárquicas que republicanas. Y extrañas por completo a las tareas transparentes de un eficaz control parlamentario. Por otro lado, no está de más recordar el gusto de los dictadores, Pinochet y Franco entre otros, por los referéndums como mecanismos de fácil manipulación de la voluntad popular (Lacasta-Zabalza, 2018, pp. 100-102).

Pero el caso es que Bolívar se inclinó en 1826, ante el Congreso Constituyente de Bolivia y en el texto articulado de la Constitución, por un modelo consular, bonapartista, como el de 1799, con la figura de un presidente vitalicio con derecho para elegir al sucesor. Lo que demuestra que Napoleón Bonaparte no sólo estaba presente entre las lecturas de la biblioteca del Libertador. Descendió de las estanterías de campaña en Guayaquil a las leyes bolivarianas. Un presidente con enormes atribuciones, desde el comando de las fuerzas militares a la facultad de remover al vicepresidente y a los ministros, competencias excepcionales de todo tipo, en el plano civil y militar, como conceder pensiones, suspender funcionarios, etcétera. (Bolívar, 2007, pp. 131-156). Ideas en sustancia nada nuevas que responden a la obsesión de Bolívar por crear un régimen centralista, donde el necesario mando único militar se proyecta de modo inconveniente en las instituciones civiles, ajeno a cualquier municipalismo (sin el cual no funciona una democracia) con tal que se oponga con fuerza a las facciones políticas divisionarias y a la anarquía. Eso ya estaba en ciernes en el *Manifiesto de Cartagena* de los primeros tiempos de Bolívar como coronel.

Lo cual se traduce en un inmenso desajuste entre los triunfos militares y el alcance de la Independencia, por una parte, y los indebidos e inadecuados modelos constitucionales del Libertador, que no saben recoger lo que se logró con brillantez en los campos de batalla. Por otro lado, estaba el funcionamiento concreto de un régimen en cuya cúspide presidencial se asentaba Simón Bolívar. Quien no quería un régimen militarista sino bien institucionalizado en el orden civil, pero era el comandante en jefe y quien tenía la última palabra en todos los ámbitos y lugares. Dice con sagacidad el historiador Tulio Halperin Donghi que Bolívar podía presentarse en Chuquisaca, Lima o Bogotá, pero siempre “como el representante de ese orden militar con el que no quería identificarse” (Halperin Donghi, 1969, pp. 171-173).

Simón Bolívar se encuentra en un atolladero constitucional, en un clásico *cul de sac* o callejón sin salida. Un 26 de mayo de 1827, desde Caracas traza un cuadro institucional que no puede ser más desalentador; rememora que en Venezuela le ofrecieron una corona que rechazó y que hay quienes se desgañitan a favor de la federación. Por su lado, el Libertador se mantiene en sus trece, en el texto de la Constitución de Bolivia de 1826,



aunque sabe que en el fondo no es posible conciliar los principios monárquicos con los republicanos (Bolívar, 1979, tomo III, pp. 439-441):

“En efecto, mi proyecto para Bolivia reúne la monarquía liberal con la república más libre; y por más que parezca erróneo y lo sea en realidad, yo no tengo la culpa de pensar de este modo, lo peor de todo es que mi error se obstina hasta imaginar que no somos capaces de mantener repúblicas, digo más, gobiernos constitucionales. La historia lo dirá.”

Al final, esa enormidad de dificultades, las desmesuradas facultades del Libertador y el carácter vitalicio de la institución presidencial proyectados en la Constitución de 1826, le hicieron exclamar a Benjamin Constant, no sin cierta ironía cargada de muchas razones (Gargarella, 2014, p. 44):

“¿Estaría perdida la América Meridional si los poderes de Bolívar no fueran ilimitados? (...) ¿La dictadura al reemplazar la tormenta por la esclavitud, no inmoviliza los progresos de la inteligencia que son los únicos capaces de proveer una tranquilidad feliz y permanente?...”.

Porque el despotismo, así le llamaba Constant, no ha dado en la historia constitucional ni un solo ejemplo para que una nación goce de su propia libertad.

*Chía/Cundinamarca, 23 de mayo del año 2019.*

## **BIBLIOGRAFÍA**

Bolívar, S. (1979), *Obras completas*, edición de Vicente Lecuna, Fica/Tiempo Presente, Bogotá, V tomos.

-(2007), *Obra política y constitucional*, edición de Eduardo Rozo, Tecnos, Madrid.

Ducoudray-Holstein, H. L. V. (2014), *Memorias de Simón Bolívar y de sus principales generales*, Ed. Vela, Colombia.

Gargarella, R. (2014), *La sala de máquinas de la Constitución. Dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*, Ediciones Katz, Buenos Aires.

Grimal, P. (1991), *Diccionario de mitología griega y romana*, Paidós, Barcelona.

Halperin Donghi, T. (1969), *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid.

Lacasta-Zabalza, JI. (2018), *Simón Bolívar*, Pamiela, Iruña/Pamplona.

Marx, K. (2001), *Simón Bolívar*, edición comentada por José Aricó, Marcos Roitman y Sara Martínez Cuadrado, Sequitur, Madrid.

Pardo Rueda, R. (2004), *La historia de las guerras*, Ediciones B Colombia, Barcelona/Bogotá.

Perú de Lacroix, L. (2012), *Diario de Bucaramanga*, Fica, Bogotá.

Rozo, E. (1988), *Bolívar y la organización de poderes públicos*, Temis, Bogotá.

Staël, Mme. de (1946), *Reflexiones sobre la paz*, edición de Manuel Granell, Austral, Buenos Aires.

Taine, H. (1986), *Les origines de la France contemporaine*, Robert Laffont, Paris.

Tocqueville, A. de (1982), *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Alianza, Madrid, 2 vols.

Varela Suances-Carpegna, J. (2007), Prólogo de Francisco Rubio Llorente, *Política y Constitución en España (1808-1978)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

---

José Ignacio Lacasta-Zabalza es catedrático emérito de Filosofía del Derecho en la Universidad de Zaragoza. Ha sido (2014-2018) profesor de Historia del Derecho en los estudios de doctorado de la Universidad Libre de Bogotá. Y es autor del libro *Simón Bolívar*, ed. Pamiela, Iruña/Pamplona, 2018. Este texto se publicará próximamente en la revista colombiana *Diálogos de saberes*.